

LA MEMORIA



A memoria es un espejo deformante, que nos devuelve adulteradas las imágenes de la feria en que vivimos. Unas veces las figuras se achican y engordan, otras se estilizan y se afinan grotescamente; nos devuelve en caricatura lo que esperábamos que fuera una imagen veraz y favorecedora. Pero no es eso lo más alarmante que en ella se produce. A veces, de pronto, ciertas zonas del recuerdo se nos muestran confusas. Sucesos y personas vividos recientemente se han borrado por completo; mientras que, sin saber cómo, afloran con toda su nitidez paisajes, trazos y figuras soterradas, sin razón alguna aparente para que vinieran a sobrevivir. Durante unos días, un incidente cualquiera ocurrido hace muchos años, sin significación particular, o simples sensaciones sensoriales, el olor del campo en una tarde de otoño, un rumor de agua en una acequia perdida en nuestra niñez, se acercan a nosotros, vuelven a vivir, nos acosan unos días y desaparecen. Todas esas memorias sensitivas e inútiles fueron reunidas y reivindicadas por Proust, cuando en pocos años, obligado por el asma a ceder ante la soledad, sintió de pronto el impetu de las cosas calladas que le habían ocurrido.

En nosotros se levanta ahora muchas veces, y con cierta frecuencia, una imagen, al principio borrosa, ahora ya perfilada con precisión, a la que no nos acercamos demasiado, a la que no tratamos entonces, pero que se ha puesto en pie y nos cruza en silencio. ¿Por qué? Pasa como si no nos viera, palpita unos instantes en nuestra vigilia y se desvanece después. No hay razón alguna para que sea así, aunque así sea.

Apeles Mestres —esa figura— vivía muy cerca de nuestra casa, en el Ensanche barcelonés. Su padre, Oriol Mestres, había sido uno de los arquitectos más famosos en los tiempos de la primera Exposición Universal de 1888, autor de palacios y monumentos en aquella época, entre ellos el monumento al marqués de Comillas y el palacio de los marqueses de Marianao. El hijo, Apeles, fue un genio disperso: poeta, dibujante, horticultor, biólogo y naturalista. Y ahora le vemos, cegato ya, como el mito de un tiempo, descender con pasos cortos, casi a tientas, por la luz radiante del Paseo de Gracia barcelonés todas las mañanas de dorado otoño de otra época: la barba blanca, los ojos estrábicos, un rictus en la boca mitad musca, mitad sonrisa... Ese fantasma erguido, ese viejo artista tambaleante había sido uno de los poetas catalanes más limpios y nobles de su tiempo, aunque su obra fuera escasa. Recordamos unos versos magistrales; también ahora los recordamos a ratos, sin que sepamos en qué lugar están de nuestra memoria o de nuestra biblioteca:

Dalt dela Jungfrau,
sota del cel blau
farem un palau
amb la...

La memoria se para, no sigue más. Pero la retoca su pulso audaz y mágico de dibujante extraordinario. Los trazos de Apeles Mestres son inolvidables. Sus figuras, sus croquis, eran de una viveza extrema; la época —el polisión de las damas, los enormes sombreros de plumas, los tipos callejeros, populares— vivía de tal modo que uno puede hoy penetrar en la atmósfera finisecular a través de ellos como si paseara en un landeau. Apeles Mestres era, sobre todo, un gran ilustrador. El modernismo había afinado aún más su lápiz certero. Viejo ya, paseaba por el Paseo de Gracia como la última de sus figuras, el mentón salido, el breve sombrero negro encasquetado sobre una viva cabeza convulsa.

Pero ese hombre no amaba el bullicio y el tráfago. En mitad del Ensanche barcelonés hay algún tramo de silencios, casi oculto, como el Pasaje Permañer, donde el poeta vivía, que es una calleja con chalets de dos plantas, muy estrecha, flanqueada y protegida por pequeños jardincillos de acceso. Durante muchos años Apeles Mestres se había organizado la vida sin tener que recurrir para nada al exterior, y que le diera en el espacio doméstico todas las ventajas de la añorada naturaleza. Cada mañana se hacía llevar a su casa un fardo de alfalfa fresca con la que alfombraba la azotea, sobre la que paseaba descalzo para tener la sensación de pisar césped húmedo. Se había hecho construir una máquina electrostática a la que, con un movimiento de rotación, hacía expeler oleadas de aire fresco que hinchaban su tórax como si estuviera a dos mil metros, en la Jungfrau por el poetizada. Era un gran cultivador de hortensias, flor de su tiempo; esas plantas le llenaban

el jardincillo y la azotea y las cuidaba con fervor. Además de esas flores, que le hicieron tan famoso como el arte y la poesía, cultivaba en su casa un pino, un algarrobo, una higuera, un roble, un olivo y una encina; todo ello en un espacio urbano inverosímil, que no pasaría de los veinte metros cuadrados. En el olivo y en el algarrobo con un especial esmero cuidaba y criaba arañas del tipo mayor; las tarántulas le conocían, se dejaban acariciar y sostener por él, como pájaros domesticados.

Ya no está Apeles Mestres en el Pasaje Permañer, ya no está entre nosotros. Una mañana de julio —era domingo— un estruendo horrisono sacudió aquel barrio. Los cañones disparaban a cero a lo largo de la calle de Claris. Los bisoños soldados de aquella leva se quitaban apresuradamente las guerreras en los portales cercanos a la casa del artista. Las arañas mayúsculas braceaban en el solitario olivar urbano y las hortienses se defoliaban en la metralla. Apeles Mestres estaba agonizando; llevaba ya tres días postrado y sin ver. El viejo artista, que se había fabricado una máquina de aire puro, moría en las emanaciones de la pólvora. El estruendo duró largo tiempo. Luego, un silencio trágico. Asomándose al balcón, uno podía ver una pila informe, una pirámide de caballos muertos, tras la que se habían parapetado los últimos vencidos.

Más tarde se sintió un ir y volver de vehículos. La calzada se llenó de camionetas, de gritos, de órdenes. Cuando la muerte del viejo artista cruzó la cancela de hierro del Pasaje de Permañer, un camión lleno de gentes acababa de volcar en la esquina y aún se levantaban aullando los heridos. Y el ataúd salió solo de allí, seguido de unos pocos hombres, quizá seis, quizá siete, sólo cubierto por una brazada de hortensias. El viejo artista iba dejando tras sí un perfume de flor.

Otro amigo Vuelvo a ver —ahora sí, físicamente—, después de muchos años, a un compañero, que se ausentó durante la contienda española y que pisa por primera vez desde entonces las calles, las plazas, el suelo de su juventud. "Uno no es de donde ha nacido, sino de donde quiere morir" —y me repite la frase que habíamos escuchado juntos en otro tiempo al portentoso Manolo Hugué—. Le replico que no es hora de morir aún; mi amigo nació a fines de la primera década del siglo y tiene por tanto ante sí, todavía, muchos años de vida. Es hombre de buena salud, de complexión deportiva, templado el carácter, melódico, buen trabajador. Vivirá muchos años. Pero vuelve a su tierra, en un rápido salto, anticipándose a la idea de su vejez y de su muerte. "En cuanto se piensa en la muerte se ha dejado atrás la juventud —me dice—. En realidad, ser joven es únicamente un modo de ignorar la muerte." Y ese hombre, que vivirá todavía, con toda probabilidad, otros muchos años de plenitud intelectual, prevé su decrepitud y se acerca idealmente a la muerte, a la temible y definitiva tierra de promisión.

En realidad, según la estadística, entre él y yo sería mucho más lo que nos ha separado que lo que nos unió. Nos conocimos y fuimos amigos sólo durante media docena de años. Y desde entonces acá han pasado treinta, cinco veces más. Pero él me hace una comprobación fundamental: todo ha cambiado; encuentra desconocida y novedosa la ciudad, le sorprenden muchos de sus ángulos, desde la urbanización hasta las costumbres e incluso la faz de las gentes. Todo ha cambiado menos lo que nosotros decimos y debatimos aún. Durante una hora de coloquio no ha pasado el tiempo. El diálogo se fija en determinadas gentes, en ideologías y temas que dejamos en aquella ocasión interrumpidos. No podemos explicarnos que hayan transcurrido exactamente treinta años de nuestras vidas que son como un inmenso y pacífico lago, bajo el cual parece que duerma un fantástico sueño la ciudad de entonces, tal esos pueblos que la construcción de una presa ha sepultado y que surgen otra vez cuando el agua decrece. Resulta doloroso entonces comprobar que lo que a los dos nos ha ocurrido —tan distantes en el espacio y en las conductas— es lo mismo: la vida.

Durante treinta años, antípodas en la geografía y tal vez en muchas otras cosas, recapitulamos sobre nuestros respectivos trabajos, sobre la significación de los sucesos, sobre las personas, sobre los gustos, los matices, las tragedias. Cuando la panorámica está concluida nos quedamos de nuevo frente a frente él y yo como si, a pesar de todo, nada hubiera ocurrido. Echamos en un hueco treinta años que, en realidad, desde aquella mañana del mes de julio, no hemos conseguido ni él ni yo desmenuzar día a día en el calendario. Hay una porción nuestra que, sin que ni él ni yo lo sepamos, se nos ha quedado agarrada, secuestrada allí, en aquellos espinos.